

Patricio Quiroga Z.
Universidad Arcis

El presente artículo contiene algunas reflexiones historiográficas sobre la relación entre militares, sistema político y cosmovisión. La ya larga discusión sobre este aspecto de la vida nacional (Arriagada 1981, North 1975, Varas 1987a y 1987b) mantiene plena vigencia, por cuanto Chile atraviesa por un momento crucial de su historia —el de transición a la democracia tras diecisiete años de gobierno militar— en el que las Fuerzas Armadas continúan jugando un rol preponderante.

Desde la obra pionera del profesor A. Joxe (1970), la investigación sobre el tema ha logrado importantes avances; sin embargo, con algunas excepciones, estas contribuciones se han dirigido a resolver problemas de carácter coyuntural (o de mediano plazo), acicateadas por el rol jugado por los militares en el sistema político a partir de 1973.

El estudio de la bibliografía militar permite entender no sólo la participación militar en el sistema político, sino también su imaginario colectivo, esto es, la interpretación que dan los militares a su inserción en el Estado. En términos del actual comandante en jefe del Ejército:

... gente vinculada a la política contingente comenta ante el país que los militares participan

e intervienen directamente en política contrariando su verdadera función institucional. Al respecto, es preciso puntualizar que efectivamente los militares tienen una función política que cumplir en la sociedad, no solamente porque la guerra es continuación de la política, sino por otras razones mucho más poderosas... En primer lugar, en Chile el Ejército cumplió un rol fundacional, puesto que nació junto con la República y su historia está indisolublemente unida al devenir de la patria, ya que todo su accionar siempre ha estado destinado al bien del país... En segundo lugar y quizás producto de lo anterior, el Ejército ha estado ligado a los grandes momentos institucionales de la patria... Una tercera razón por la cual los militares tenemos esa responsabilidad política es consecuencia de que conformamos un potencial humano de gran capacidad y constituimos un poder real, ya que al menos tenemos las siguientes virtudes: una organización reconocidamente eficiente, una adhesión simbólica e irrestricta a los valores de la patria y la más grande cohesión moral... En cuarto lugar, y quizás lo más importante, es que nuestra razón principal preocupación es la Nación, por sobre el instrumento accidental denominado gobierno... En este contexto y pensando en el futuro de Chile, hemos creado una Constitución Política que integra los conceptos de Nación y

Estado, en un sistema político que se identifica con el alma nacional . . . puesto que la nueva institucionalidad corrige el vacío histórico de marginar jurídicamente a nuestras instituciones a pesar de que su presencia es real, permanente y efectiva.

(A. Pinochet 1988)

En el imaginario nacional existe la creencia generalizada de que las Fuerzas Armadas han sido obedientes, no deliberantes y prescindentes de la actuación política. Sin embargo, siempre han participado, de una u otra manera, en el sistema político. Incluso más, hasta bastante entrado el siglo diecinueve el Ejército "constituyó" la política. En otras palabras, desde las luchas por la Independencia, las Fuerzas Armadas han sido parte del conflicto político. Fue el conjunto de "la chilena" la que logró la Independencia; empero, la interpretación militar cercena el rol plebeyo, entregando una imagen criollo-aristocrática de la historia. A ello se agrega una tesis de corte biológico-racial, fundamento de la actual cosmovisión militar, según la cual los chilenos somos una raza militar a cuyo ejército le cupo el rol de fundar un Estado que antecedió a la formación de la Nación, tautología que traslada el principio de la soberanía popular a la avanzada de la nación (Estado Mayor del Ejército de Chile 1980-85, 1991).

Lo principal de la interpretación de los militares se refiere al problema del poder, traducido por I. Errázuriz como "la religión del Ejecutivo omnipotente". Tal concepción emerge, por lo demás, de la pluma de A. Edwards, en momentos de crisis y de búsqueda de un dique de contención de las aspiraciones mesocráticas y populares que desbordaban el Estado oligárquico en las primeras décadas de este siglo.

La constitución de un sistema de partidos en el Estado tuvo una enorme trascendencia, puesto que al fracturarse la aristocracia en el poder, se desplazó el principio de la delegación como principio del poder, por el criterio de representatividad. Esto tomó inviable la mantención del autoritarismo presidencial y permitió la apertura de un sistema de equilibrio a partir de la administración de J. J. Pérez (1861-71), caracterizado como

un sistema de partidos en que la aristocracia va cediendo espacios a lo oligarquía y plutocracia. Tal tendencia fue imprimiendo al sistema características del Estado parlamentario, proceso interrumpido por la guerra y el período de construcción del ciclo salitrero.

En este contexto, las Fuerzas Armadas, que durante años fueron el epicentro del poder político, dejaron de jugar un rol primordial. La aparición de un sistema de partidos políticos trasladó a éstos el peso de la lucha por y en el Estado. Los partidos políticos, por razones de poder y sobrevivencia, tuvieron como objetivo común impedir el rol político de los militares. De esta manera, las Fuerzas Armadas, sometidas además a periódicas purgas, recortes de presupuesto y de personal, presentaban en el momento de creación del sistema de partidos un pálido reflejo del pasado, con 2.200 efectivos frente a una Guardia Nacional de 70.000.

La Guerra del Pacífico representó otra coyuntura crítica de la relación entre civiles y militares. De hecho, las Fuerzas Armadas fueron relativamente sorprendidas por la guerra. Más de la mitad de sus efectivos estaba en el teatro de operaciones sur, el estado técnico-profesional y la formación combativa eran bajos y no existían ni Estado Mayor ni Academia de Guerra. Por otra parte, la confrontación entre civiles y militares era abierta, con los primeros copando la dirección de asuntos exclusivamente militares: un ministro de Guerra en campaña (R. Sotomayor), un auditor de Guerra (J. Alfonso), un secretario del Ejército (J.F. Vergara) y el Ministerio de Guerra (D. Santa María). Esto llevó a presentar sucesivamente sus renuncias a los generales C. Saavedra, E. Escala, M. Baquedano y P. Lagos, situación superada sólo después de la muerte de R. Sotomayor con el nombramiento del almirante P. Lynch como jefe de operaciones en Lima (1881).

El copamiento civil fue posible por cuanto los militares habían sido barridos de la vida cívica y constreñidos a los cuarteles, siendo la suya una dependencia notoria del poder presidencial y los partidos políticos. El conflicto mostró las limitaciones que tenían los militares en el Estado, en el sistema político y en el sistema de partidos, aspec-

to referendado por el eclipse de las candidaturas presidenciales de Baquedano, Lynch y Escala. Los tiempos de un Manuel Bulnes ya habían pasado, a pesar de la gran contribución a la expansión y engrandecimiento internacional del país. En efecto, la conducta desempeñada en el Campo de Marte fue extraordinariamente importante para Chile, al ampliarse el entorno geográfico y capturarse ricos emporios salitreros (peruanos) y yacimientos cupríferos como Chuquicamata (boliviano). Tales factores catapultaron al país a una situación de primer plano en la región surandina. En ello la contribución de las Fuerzas Armadas es destacable, si se toma en cuenta que la lucha se libró en una época en que el valor hubo de sobreponerse a la falta de tecnología y a las inclemencias geográficas.

La valorización de las Fuerzas Armadas coincide aún con otro caso de incomprensión y transformación de la historia en tautología: el episodio rotulado como "Pacificación de la Araucanía". Fueron poco más de dos décadas de guerra interna (1859-83), entendidas como una contribución a la ampliación del territorio nacional. Y no se toma en cuenta que la expansión estuvo determinada por las presiones de la oligarquía agraria para incorporar 1.160.000 hectáreas al territorio explotable en el modelo exportador (Pinto 1990).

La actuación en la guerra del salitre y la irrupción en la Araucanía elevaron indudablemente el prestigio de las Fuerzas Armadas en el imaginario colectivo nacional, pero no alteraron su forma de participación en el sistema político, el que desde 1861 se acercaba a la forma parlamentaria, evolución resuelta por la coyuntura crítica de 1891. Tras la derrota balmacedista, las fuerzas políticas mantuvieron orientaciones ideológicas coherentes que proporcionaron el marco para la evolución de un sistema que, por tres décadas, supeditó el Ejecutivo a la asamblea parlamentaria. Durante todo ese período, las Fuerzas Armadas constituyeron uno de los pilares del Estado guardián (Barros & Valenzuela 1991). Los conflictos fronterizos, el peligro de la expansión inglesa, la salvaguarda del enclave salitrero y el surgimiento de la denominada "cuestión social", determinaron que un Estado instrumental otorgara un rol instrumental a sus

Fuerzas Armadas, papel que coincidió con la profesionalización a través de la prusianización (Quiroga y Maldonado 1988).

En lo sucesivo, los militares fueron subordinados bajo la conducción excluyente pero estabilizada de una oligarquía que impuso como régimen político el parlamentarismo. Tal situación alejó a las Fuerzas Armadas de los vetustos del poder político, alejamiento favorecido por el proceso de prusianización iniciado en 1885. Como concepción de mundo, el prusianismo apuntaba al nacionalismo, el determinismo geográfico, la idolatría estatal, el elitismo social, el rechazo al liberalismo como sistema político, al anarquismo, al socialismo y al pacifismo. En el nivel de las actitudes y comportamientos, la influencia de la matriz prusiana se expresó en la adopción de una simbología exterior, como el uso del uniforme y el yelmo similares a los de la *Kriegsakademie* de Charlottenburg. También, partir de este momento, la música del romanticismo alemán acompañaría los desplazamientos del Ejército. Sin embargo, de todo estos aspectos, el de mayor incidencia sería la adopción del principio de orden-y-ejecución.

Tal estado de cosas se mantuvo por espacio de casi tres décadas, hasta que sobrevino el colapso oligárquico-parlamentario. Catapultado por una serie de factores, se hizo sentir como una crisis política que debilitó al régimen de gobierno, al sistema de partidos y al sistema electoral. Estamos, pues, ante una crisis global del sistema y la reaparición del factor militar. Al relajarse el sistema político con la disidencia del León de Tarapacá (1920), las Fuerzas Armadas entraron en un proceso de politización que en 1924 culminó con la aparición sucesiva de un Comité Militar, una Junta Militar y una Junta de Gobierno, que fueron presionando y cercando el poder hasta la renuncia y abandono del país por parte de Arturo Alessandri.

Los alemanes volvieron a ejercer influencia en el Ejército a través del envío de nuevas misiones militares, de manera que "Alemania tenía nuevamente un fiel amigo en la vida internacional de los pueblos" (von Kiesling 1935: 87). Al proceso de prusianización se agregaba ahora la influencia de la geopolítica -formidable refuerzo del imaginario militar-, disciplina que integraba el darwinismo

social, el nacionalismo y la geografía, entendida como ciencia de la conciencia del territorio, fuente de un Estado entendido como sujeto a un ciclo vital de nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte. En fin, fenómeno acertadamente analizado por G. Arriagada (1981: 128), al señalar que, "entre las Fuerzas Armadas del Cono Sur, el pensamiento geopolítico desarrollado por los oficiales del Ejército de Chile es el que se ajusta en mayor medida a la escuela geopolítica alemana".

Lamentablemente para las aspiraciones modernizadoras de los militares, la conjunción negativa de factores internos (crisis financiera, protestas agudas) y externos (impacto de la crisis de 1929) arrojaron como resultado el desmoronamiento del gobierno de Ibáñez del Campo en julio de 1931, quebrándose la conducción centralizada que unificó a los militares desde 1924. Comenzaba así un período caracterizado por motines de marinos y soldados y pugnas por el liderazgo entre los oficiales, reflejo de una soterrada lucha entre oficiales corporativistas, populistas, socialistas y constitucionalistas. Tal situación cimentó el camino a la sublevación de la escuadra, el asalto del regimiento Esmeralda y otros sucesos que culminaron con una República Socialista (junio 1932), antecedente previo a la división definitiva del campo de fuerzas entre partidarios y contrarios del ideario socialista. Este ciclo fue cerrado por la intervención del general B. Blanche, que obligó a la transferencia del poder al presidente de la Corte Suprema y al llamado a nuevas elecciones, de las cuales emergió triunfante Arturo Alessandri (octubre 1932).

Tras varios años de resquebrajamiento institucional, la sociedad civil carecía de cohesión y estaba representada por fuerzas inermes, pasivas o sometidas; la sociedad política lo era todo. Con Arturo Alessandri comenzó la reorganización de la sociedad civil, y el lento retorno a un sistema político fundamentado en el presidencialismo. El punto de partida de la reconstrucción fue la depuración de 400 oficiales, el paso a retiro de la plana mayor y la reducción del contingente de conscriptos, que de 15.000 plazas en 1931 pasó a 1.420 en 1933. A estas medidas se agregó la aparición de la Milicia Republicana, organización

paramilitar de 50.000 hombres en armas que surgió como respuesta a los gobiernos apoyados en la fuerza. Sin embargo, el factor fundamental para la reorganización de la sociedad civil, "conjuntamente con el disciplinamiento y la reducción de las Fuerzas Armadas, fue impuesto por la civilidad con una nueva doctrina castrense, el constitucionalismo, que implica la recuperación del liderazgo civil sobre las Fuerzas Armadas, la presidencia política, el acatamiento jurídico y constitucional del país y un irrestricto profesionalismo de los institutos de la defensa civil" (Maldonado 1988: 40).

Los militares, arrojados compulsivamente a los cuarteles por una derecha que temía una nueva intervención militar, y separados de la sociedad civil, darían nuevos contenidos a su imaginario colectivo con una nueva oleada de nacionalismo-militar que demostraba desencanto con la democracia liberal y simpatía por el Reich alemán. En este marco, un alto oficial como el general Díaz Valderrama llegó a traducir "El programa de Hitler", mientras otros fundaban el Movimiento Nacionalista de Chile (A. Herrera) y la Revista de la Defensa Nacional (A. Ahumada). En la coyuntura, la visión-de-mundo fue ampliada con el desahucio del concepto de soberanía popular y del rol de los partidos políticos; se adhirió a la tesis del decadentismo histórico, con un consiguiente ajuste de cuentas con marxistas y masones, vía por la que pronto los militares se encontraron con la matriz nacionalista del grupo Estanquero. El nacionalismo militar, encerrado en sí mismo, se replegó sobre una suerte de autoaislamiento, de manera que desarrolló su pensamiento en forma independiente de toda injerencia de la sociedad civil.

El fin de las intervenciones militares, gracias a la restauración alessandrista, fue sucedido por un largo ciclo que abarcó entre 1938 y 1973. Se caracterizó por la normalidad y normatividad en el funcionamiento de las instituciones del Estado (a pesar de la exclusión antidemocrática de 1947); por la apertura de la industrialización promovida por un Estado intervencionista-desarrollista que, además, arbitró las relaciones laborales; y por la renuncia de la izquierda a la búsqueda del poder

político del Estado. En el intertanto, en medio del convulso panorama que presentaba un mundo bipolar, había comenzado el entrenamiento de militares chilenos en escuelas norteamericanas. El derrumbe de los imperios coloniales, las luchas de liberación nacional y la expansión del socialismo (hasta los años ochenta) condujeron en los Estados Unidos a una nueva percepción de los acontecimientos militares. Fue superada la doctrina de la agresión extracontinental, siendo reemplazada por la teoría de la guerra contrarrevolucionaria, cuyo antecedente inmediato es la humillación de Francia en Dien Bien Phu (1954). A partir de esta experiencia, los estrategas norteamericanos adoptaron la nueva concepción de guerra contrarrevolucionaria, paso que condujo a la visualización de un enemigo interno. Quedó obsoleta la teoría de la represalia en masa, produciéndose desde 1968 una reorientación completa de la doctrina militar norteamericana hacia la instrucción y ayuda a la mantención del orden interno. Para estos fines, se tornó en un factor de suma importancia la exportación de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

La nueva concepción contribuyó al fortalecimiento del imaginario militar. Se reforzaron conceptos como los de la doctrina de agresión extracontinental, de seguridad colectiva, guerra contrarrevolucionaria, amenaza interior, todos antecedentes de la formulación Poder Nacional. La ampliación de la visión-de-mundo en un contexto de segregación militar y la falta de recursos en momentos en que Perú compraba material bélico a Francia (aviones Mirage) y en la Unión Soviética (tanques, T 56), constituyeron un peligro precedente para la relación entre civiles y militares. A la perturbación de estas relaciones se sumó la falta de remuneraciones adecuadas y el impacto de un proceso político y social que, tras cuarenta años de evolución, situaba a la izquierda en inmejorable posición para tener acceso al gobierno (Faúndez 1992). La institución militar, cuerpo cerrado en sí mismo y apegado a la tradición del siglo diecinueve, enfrentaba la relación con la civilidad sobre la base de un abismo de incomprensiones, en circunstancias en que se avecinaba el gobierno de la Unidad Popular. Fue entonces que

e produjo la primera gran fisura del sistema en casi cuatro décadas: el Tacnazo (1969).

La prolongada decadencia de los militares respecto de los civiles transformó en un constante el acatamiento de las normas constitucionales y la normativa jurídica. A pesar de la compacta cosmovisión del cuerpo militar, todavía en estado de latencia, surgieron otras formas de interpretación de la vida y de la historia. Tal situación fue posibilitada por la solidez política, por cuanto el régimen de gobierno, el sistema de partidos y los mecanismos electorales eran aceptados por la ciudadanía y sus organizaciones representativas – con algunas excepciones –, de manera que la ampliación democrática contribuyó a la mantención de un Estado integral (sociedad política + sociedad civil),

Bajo tales condiciones se proyectó el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973).

El fin aciago de la Unidad Popular no estaba predeterminado ni era una inexorable fatalidad. La existencia de un Estado integral, con una poderosa sociedad civil, neutralizaba cualquier aspiración militar relacionada con el poder político. Aun más, el proyecto de la UP en 1970 no representaba una gran perturbación; el alto mando llegó incluso a pronosticar certeramente el triunfo de la izquierda (Prats 1985), sin por eso dejar de proclamar la "Doctrina Schneider". En realidad, la determinación de los militares se definió en la medida en que el conflicto político producía impactos en el proceso de politización interno. Entonces, el proceso de politización fue determinado por la lucha librada en la sociedad civil, siendo inversamente proporcional al proceso de debilitamiento de ésta.

El golpe de Estado, perpetrado institucionalmente, desplomó la sociedad civil, destruyendo al movimiento popular, sepultando entre los escombros del Estado democrático al sistema político imperante desde la restauración alessandrista. Acto seguido, comenzó la construcción del Estado de Excepción, que, en una variable de régimen militar, se sostuvo sobre la base del engrosamiento de la sociedad política. Se dio paso así a la construcción implacable y sistemática de un sistema basado en el desmantelamiento de las fuerzas y movimientos políticos y sociales y de las institu-

ciones del Estado, operación que institucionalizó la represión y la conculcación de los derechos humanos con la justificación de una guerra civil inexistente (*Libro blanco*... 1974). En tales circunstancias, luego de iniciales vacilaciones, reapareció la vieja concepción-de-mundo bajo la forma del mesianismo-refundacional. Afloró también la influencia del integrismo, el tradicionalismo y el nacionalismo, para —tras la derrota del extremo nacionalismo (1976)— adoptarse el discurso neoliberal. Tras diecisiete años de dominio irrestricto, con apoyo inicial del centro y la subordinación de la derecha, el régimen militar perdió el poder a manos de la Concertación de Partidos por la Democracia, abriéndose un período de redemocratización de la sociedad.

Sin embargo, desde sus inicios (1990), la llamada "Transición a la Democracia" se mostró como un camino plagado de inseguridades y zozobras. El espacio político ocupado por las fuerzas democráticas era reducido y estaba cercado por todo un sistema de diques, trincheras y líneas de contención, dispuestas por el antiguo régimen para evitar el desmantelamiento del modelo autoritario. La determinación de la dictadura por preservar su "obra" también se ha visto favorecida por cuanto la experiencia democratizadora no logró desarticular una serie de enclaves autoritarios. Mantuvo además el modelo económico neoliberal, en que la expansión de los mercados erosionó el viejo modelo estatal y su monopolio para intervenir entre agentes y actores, llegando a desarrollarse una gran autonomía de la sociedad civil. Se sentaron así las bases para la aparición de un híbrido estatal a medio camino entre el Estado democrático y el Estado de Excepción.

La red de casamatas políticas dispuestas por el alto mando, secundadas por una oposición legítima, no ha podido ser demolida por las fuerzas democratizadoras. A lo sumo, han sido tocadas algunas líneas defensivas; vacilaciones, errores e imposibilidades han impedido la reconstrucción global del sistema político, carencia agravada por las diferencias que se expresan en la alianza gubernamental respecto al régimen de gobierno, por la debilidad de un sistema de partidos en transición y las distorsiones del sistema electoral de carácter

binominal. A ello se agrega la falta de participación y la cancelación de la movilización social, elementos que permiten la mantención del rol político de los militares. En otras palabras, las debilidades en la reconstrucción del sistema político, en la incentivación de la participación y movilización conspiran severamente contra el proceso democratizador, fortaleciendo proporcionalmente a los militares.

Finalmente, desde un punto de vista historiográfico, constatamos que las Fuerzas Armadas se replegaron intactas y con un imaginario colectivo compacto. Esto, unido a la autonomía lograda en el Estado y la tardanza en la construcción de un sólido sistema político, hace que debe contemplárselas como un probable factor de injerencia política permanente.

- Arriagada, Genaro
 1981 *El pensamiento político de los militares*. Santiago.
- Barros, Luis & Ximena Vergara
 1991 "Los grandes rasgos de la evolución del Estado en Chile: 1810-1925". En: *Estado y política en Chile*. Santiago.
- BULNES, Gonzalo
 1979 *Guerra del Pacífico*. Santiago.
- Cariola, Carmen & Osvaldo Sunkel
 1991 *Un siglo de historia económica de Chile. 1830-1930*. Santiago.
- Encina, Francisco A.
 1972 *Resumen de la historia de Chile*. Santiago.
- Escully, Timothy R.
 1992 *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago.
- Estado Mayor General del Ejército
 1982 *El Ejército en la guerra del Pacífico*. Tomo VI. Santiago.
- 1980-85 *Historia del Ejército de Chile*. IX Vol. Santiago.
 1991 *Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile 1810-1891*. Santiago.
- Faúndez, Julio
 1992 *Izquierda y democracia en Chile, 1932-1973*. Santiago.
- Frías Valenzuela, Francisco
 1991 *Manual de Historia de Chile*. Santiago.
- Joxé, Alain
 1970 *Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno*. Santiago.
- Kiesling, Hans von
 1935 *Soldaten in drei Weltteilen*. Leipzig.
- Libro Blanco de Gobierno de Chile. Santiago. 1974.
- Maldonado, Carlos
 1988 *Entre reacción civilista y constitucionalismo formal: las Fuerzas Armadas chilenas en el período 1931-1938*. Santiago.
- Moulian, Tomás
 1985 "Violencia, gradualismo y reformas en el desarrollo político chileno". En: *Estudios de sistemas de partidos políticos en Chile*. Santiago.
- North, Liisa
 1975 "Los militares en la política chilena". En: *Chile-América* (Roma) 10-11.
- Núñez, Jorge
 1987 "Estado, crisis de hegemonía y guerra en Chile. 1830-1841". En: *Andes* (Santiago) 6. Santiago.
- Pinochet, Augusto
 1988 Discurso. En: *Revista Armas y Servicios del Ejército* (Santiago) 42 (agosto).
- Pinto, Jorge
 1990 "La ocupación de la Araucanía en el siglo XIX. ¿Solución a una crisis del modelo exportador chileno?" En: *Revista Nutram* 3.
- Prats, Carlos
 1985 *Memorias. Testimonio de un soldado*. Santiago.
- Quiroga, Patricio & Carlos Maldonado
 1988 *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas*. Santiago.
- Varas, Augusto
 1987a *Los militares en el poder*. Santiago.
 1987b *Chile, Democracia y Fuerzas Armadas*. Santiago.